

Cristianismo “unos a otros”

Leon Barnes

**Marcos 9.50; 1 Corintios 1.10; Romanos 12.16; 1 Pedro 3.8;
Romanos 12.10; 15.7; Efesios 5.21; 1 Pedro 5.5**

La obligación primordial del cristiano se encuentra en su relación con Dios: ha de amar a Dios por encima de todas las cosas (Marcos 12.29–30). La segunda más importante relación que un cristiano tiene es con su hermandad en el Señor. El amor entre los iguales cristianos es lo que permite que el mundo nos reconozca como el pueblo de Dios (Juan 13.34–35); la unidad entre los miembros de la iglesia puede llevar a los no creyentes a desarrollar la fe en Jesús como el Cristo (Juan 17.20–21). Debido a que esta relación unos con otros es tan importante, el Espíritu Santo a menudo habla en las Escrituras acerca de lo que deberíamos hacer y pensar entre unos y otros.

TENED PAZ LOS UNOS CON LOS OTROS

El primero de los textos en los que aparece el “unos a otros” se encuentra en Marcos 9.50. Jesús fue el que habló estas palabras, y con ellas estaba exhortando a sus discípulos a vivir en paz.

Vida atractiva

Así como en otras ocasiones, Jesús estaba describiendo a los cristianos como la sal de la tierra. Esto fue lo que les dijo: “Buena es la sal; mas si la sal se hace insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros”. La imagen del cristiano ordinario como la sal de la tierra es una de las maravillas de la enseñanza de Jesús. Estaba declarándonos que fuéramos las dos cosas, el poder sazonador y el poder preservador para la tierra. No obstante, la sal que pierde su carácter salado no tiene valor. El ruego del Señor en el sentido de “[tener] sal en [nosotros] mismos; y [tener] paz los unos con los

otros” indica que uno de los medios, de preservar nuestro sabor salado, es la paz que compartamos unos con otros. Los cristianos que están en guerra unos con otros pierden su influencia en el mundo —permanentemente.

¿Cuántas veces hemos visto la influencia de la iglesia del Señor rota por pleitos dentro de la iglesia, pleitos que desbordan en la comunidad? Es seguro que esta es la razón por la cual Pablo le rogó lo siguiente a los corintios:

Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer (1 Corintios 1.10).

La iglesia de Corinto estaba afectada por facciones, con cada grupo aglutinándose alrededor de un hombre diferente a quien consideraba su héroe espiritual. Todo esfuerzo así, que busque elevar ciertas personas por encima de las demás es erróneo y falla en no reconocer a Cristo como el único y singularísimo Señor por encima del cuerpo. La única manera de tener unidad y paz es sometiéndose a la autoridad de Jesucristo y dejar que su gobierno y autoridad reinen sobre todos.

Vida humilde

En Romanos 12.16 Pablo explicó más acerca de cómo podemos vivir en paz. Esto fue lo que dijo: “Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión”. El orgullo y la altivez de espíritu destruyen la unidad y la paz porque el que

los tiene llega a ser tan egocéntrico que se olvida de los demás y de las cosas que a éstos les preocupan. La palabra que se traduce como “altivos” significa “la apariencia sobre, el sobresalir por encima de otras personas o cosas; de aquí que la idea de orgullo, altivez y jactancia se asocia en el Nuevo Testamento, con la idea accesoria de impiedad”.¹

El ser unánimes viene a través de asociarse uno con los humildes. Viene a través de la humildad del corazón que no es sabio en su propia opinión. La humildad produce paz y unidad. El orgullo produce conflicto y división. Entre más aprendemos a hacer énfasis en Jesús, más fácil es para nosotros tener humildad en nuestras propias vidas.

Vidas sin egoísmo

Cuando Pedro habló de la relación que se necesitaba dentro de la familia, él concluyó con el siguiente pensamiento:

Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición (1 Pedro 3.8-9).

La armonía se asocia con el ponerse uno en el lugar de otras personas y en el mirar a través de sus ojos la forma como ellos ven todo. Stephen Covey, en su libro *Los siete hábitos de la gente altamente eficaz*, dijo que una de las siete necesidades de la gente es buscar primero el comprender y luego el ser comprendidos. De eso es lo que la compasión se trata. Cuando revertimos el orden y exigimos ser comprendidos antes de tratar de comprender a otros, será todavía difícil para nosotros.

Un corazón bondadoso, que se muestra cortés hacia los demás, es un corazón que construirá la paz y la unidad. Se nos llama a devolver bendición por maldición. ¡Qué llamado! De seguro que éste debe ser uno de los más grandes desafíos que Dios nos haya presentado; sin embargo el poner a otros antes que a uno mismo es algo que reditúa grandes dividendos, tanto dentro de la iglesia así como dentro de la familia.

HONRAOS LOS UNOS A LOS OTROS

El llevarse bien conlleva el dar honor unos a otros. Hemos de preferirnos unos a otros en cuanto a la honra, estimándonos en gran manera unos a otros.

¹ Ethelbert W. Bullinger, *A Critical Lexicon and Concordance to the English and Greek New Testament* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1975), 601.

Por medio de la amistad unos con otros

¿Ha notado alguna vez lo que sucede cuando las personas llegan a ser cristianas? La mayoría de nosotros rápidamente desarrolla las más cercanas amistades dentro de la iglesia.

Un estudio, acerca de por qué algunos convertidos permanecen fieles y otros se marchan después de convertirse en cristianos, llegó a la conclusión de que el factor determinante más importante era el número de amistades desarrolladas dentro de la iglesia. Las personas que habían mantenido vínculos estrechos fuera de la congregación tendían a no permanecer fieles por mucho tiempo. Los que se habían involucrado personalmente con otros dentro de la iglesia habían puesto unas bases muy fuertes y tendían a permanecer fieles. Es seguro que esta es una de las razones por las que Dios dijo que nosotros debemos respetar, honrar y preferirnos los unos a los otros.

Si dependiera de usted, ¿con quien preferiría pasar su tiempo? Acostumbramos a decir: “Dime con quién andas y te diré quién eres”. Cuando mi padre trataba una vez, de convencer a sus hijos de que escogieran a sus amigos más íntimos con cuidado, esto es lo que diría: “los pájaros de un mismo plumaje se juntan en una sola bandada”. Sería sabio de nosotros a cualquier edad el construir nuestros más estrechos vínculos con aquellos que nos han de ayudar a crecer en nuestra devoción a Dios y a vivir según su voluntad. Los amigos correctos nos pueden ayudar a servir al Señor y a los que están alrededor de nosotros.

Deberíamos también recordar que esto podría ir muy lejos. Si llegamos a un punto en el cual todos nuestros amigos ya son cristianos, tendremos muy poca fuerza para alcanzar a los perdidos con las buenas nuevas de Cristo. Imitemos a Jesús, quien era un amigo de los publicanos y de los pecadores.

Por medio de aceptarnos unos a otros

¿Ha estado alguna vez en un lugar en el cual usted no se sintió aceptado? La mayoría de nosotros lo ha estado. ¿Tuvo deseos de irse después de sentir eso? Es probable que no. Sólo hay una ocasión en la cual se lee de una iglesia que no aceptara a alguien como miembro. Cuando Saulo de Tarso, antiguo perseguidor de la iglesia, fue convertido en Damasco, éste regresó a Jerusalén y trató de juntarse con la iglesia allí. Los cristianos tenían temor de él y evitaban la comunión con él. Bernabé tuvo que actuar como mediador con el fin de lograr que la congregación lo aceptara. Deberíamos proponernos, como una misión nuestra, el ayudar a todos los miembros a sentirse aceptados dentro

de la iglesia por lo que son. La aceptación no siempre significa que se está de acuerdo; simplemente significa que aceptamos a las personas como iguales cristianos.

Por medio de someternos unos a otros

La sumisión sigue en pie en el corazón mismo del cristianismo. No podemos convertirnos en cristianos sin someternos a Dios (Romanos 6.16–18). La vida cristiana exige una constante sumisión (Santiago 4.7). Hemos de someternos a los gobernantes de la tierra (Romanos 13.1–5). Las esposas han de someterse a sus esposos (Efesios 5.22–24). La enseñanza más generalizada de este tipo es que hemos de someternos unos a otros. Efesios 5.21 dice: “Someteos unos a otros en el temor de Dios”. En 1 Pedro 5.5 se nos dice: “Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes”.

Este encargo de parte de Pedro se dio en el contexto de su comentario acerca de los ancianos y la obra de éstos. Se nos manda que nos sometamos a los ancianos. A la luz del contexto, esto parece referirse a los ancianos de la iglesia; pero tal respeto y sumisión se necesita también tenerlos hacia todos los demás cristianos mayores de edad (1 Timoteo 5.1–2). Después de hablar acerca de someterse a los ancianos, Pedro dijo que nos revistiéramos con humildad y que estuviéramos sujetos unos a otros. Esta enseñanza nos trae a la mente Filipenses 2.1–5. Hemos de “[estimar] cada uno a los demás como superiores a él mismo” (v. 3).

AMAMOS UNOS A OTROS

El vivir juntos conlleva el amarse unos a otros. La iglesia, como familia que es, está unida por el amor.

El amor como acción

Cuando Dios manda que nos amemos unos a otros, la palabra que usa significa: “una inagotable buena voluntad, benevolencia [o] beneficencia hacia [alguien]”. Esta es una palabra que indica acción, no sentimiento. El amor que Dios quiere que tengamos unos a otros conlleva un acto de la voluntad: Hemos de comportarnos amorosamente hacia los demás, sea que nos sintamos amorosos, o no, hacia ellos. Este tipo de amor es el que se describe en 1 Corintios 13.1–8.

El amor que hemos de tener unos a otros es similar a la devoción que hemos de tener hacia Dios, amándolo con el corazón, el alma, la mente, y las fuerzas (Marcos 12.30; Lucas 10.27). Jesús

mandó que tengamos esta clase de amor hacia el prójimo. No obstante, el amor hacia nuestros hermanos y hermanas en Cristo debe ser de especial importancia, dado que a menudo se habla de él en el Nuevo Testamento.

El amor como deuda

“No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley” (Romanos 13.8). Se han dado toda clase de explicaciones al significado de la frase “No debáis a nadie nada”, pero la enseñanza primordial aquí es acerca de la deuda que tenemos de amarnos los unos a los otros. ¿Por qué es esto una deuda para los cristianos? Porque estamos en el cuerpo de Cristo a través del amor y la gracia no merecida de Dios hacia nosotros. ¿Cómo podemos ser otra cosa más que amorosos, hacia nuestros iguales cristianos, después de habernos mostrado Dios tal amor al traernos la salvación?

Pablo continuó explicando las implicaciones de este mandamiento como sigue:

Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor (Romanos 13.9–10).

La deuda de amor significa que no le haremos daño a nuestros hermanos en forma alguna.

El amor como resultado

“Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro” (1 Pedro 1.22). La conversión por sí misma debería producir amor por los iguales cristianos. La frase “el amor fraternal no fingido” para el cual hemos sido purificados, usa una palabra diferente para “amor”, la cual sugiere el amor amistoso. Esta es una palabra que significa “gustarle a uno alguien y disfrutar su compañía”.

La segunda parte del versículo, acerca del entrañable amor que hemos de tenernos unos a otros, contiene la palabra usual para amor. La palabra “entrañablemente” significa “hasta el punto de ebullición”. Este es el ferviente, desbordante amor que hemos de tener unos a otros. Un amor como este no procede de lo exterior solamente. Pedro declaró que debía brotar del corazón. Nosotros nos derramamos a nosotros mismos en el amor que hemos de tener hacia los

que se encuentran dentro del cuerpo de Cristo. Por supuesto que, los hermanos no siempre son amables; pero hemos de amarlos por causa de nuestra relación con Dios, no por causa de su amabilidad.

El amor como obediencia

Cuando Juan habló acerca de la necesidad de tener amor hacia la hermandad, él estaba escribiendo esto sesenta años después de que la iglesia fuera establecida. Había visto iglesias dando comienzo y floreciendo. También las había visto lidiar con alborotos y pleitos entre la hermandad. Por lo tanto, habló acerca de la necesidad de que hubiera amor. Échele una mirada a lo que tuvo que decir:

Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros (1 Juan 3.11).

Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado (1 Juan 3.23).

Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios (1 Juan 4.7).

Amados, si Dios nos ha amados así, debemos

también nosotros amarnos unos a otros. Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros (1 Juan 4.11–12).

Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio (2 Juan 6).

Cuando leemos estos versículos, deberíamos darnos cuenta que el amor unos a otros no es una opción que tengamos en nuestro vivir para el Señor. Es un *mandamiento*. El no atender este mandamiento es no atender el corazón mismo del cristianismo. El amor unos a otros es la marca misma del cristianismo.

CONCLUSIÓN

El cristianismo es una religión “unos a otros”. Los cristianos no solamente son dependientes de Dios, sino que también son interdependientes entre unos y otros. Estas tres reglas —el tener paz entre unos y otros, el honrarse unos a otros y al amarse unos a otros— proveen la guianza que necesitamos para vivir en armonía unos con otros.

□